

MUNIBE (San Sebastián)
Sociedad de Ciencias Naturales **ARANZADI**
Año XXIII. N.º 4. 1971. Páginas 419-421

Sobre Prehistoria e Historia de los Vascos

Por **PEDRO BOSCH GIMPERA**

Parece un resultado adquirido a la vez por la arqueología, la etnología y la antropología física que el pueblo vasco es el resultado de la persistencia de uno de los grupos étnicos de la cultura pirenaica del eneolítico y ello se corresponde con el carácter tan ambiguo de la lengua vasca y con nombres de tribus y topónimos extendidos a uno y otro lado del Pirineo, pertenecientes a un substrato que puede ponerse en relación con aquélla.

Las investigaciones arqueológicas y etnológicas de los últimos tiempos, en las que tiene una parte tan grande el venerable maestro don José Miguel de Barandiarán, al que se dedica ahora un justo homenaje, con motivo de sus 80 años, han ido confirmando aquellas conclusiones y a la vez permiten matizarlas en forma que acaso hace comprensible el proceso de la formación y de la persistencia de la personalidad del pueblo vasco.

La cultura pirenaica en el eneolítico se extiende alrededor del Pirineo en dos grupos bien conocidos: vasco del SO de Francia y catalán análogo al del SE. francés, unidos geográficamente los grupos catalán y vasco por el pirenaico aragonés menos conocido por falta de investigación. De estos grupos mantiene su personalidad el vasco, quedando más o menos borrada la de los demás, que se asimilan en sus concreciones históricas a pueblos de otra naturaleza. En el grupo pirenaico vasco, D. Telesforo de Aranzadi encontró en su antropología caracteres análogos a los de los vascos actuales.

La formación de la cultura pirenaica parece haberse realizado sobre una persistencia de grupos de la cultura franco-cantábrica paleolítica y, con el contacto con los vecinos, tomó diversos elementos de sus culturas, cuya combinación peculiar en los grupos pirenaicos los distingue de los portadores de las culturas en donde aquellos elementos tienen su origen. Así el vaso campaniforme de la cultura central peninsular con sus raíces en la cultura de las cuevas que a su vez es parte del vestigio circummediterráneo; los sepulcros megalíticos de la cultura portuguesa: las puntas de flecha de la cultura almeriense.

La extensión de esta última por el Levante español hasta Cataluña y por el valle del Ebro explica los elementos almerienses de los pirenaicos. La propagación del vaso campaniforme por la cultura de las cuevas de Cataluña explica la adopción de sus tipos por el grupo pirenaico catalán que lo transmite al Sur de Francia. El grupo pirenaico vasco no parece tener más que la última variedad del tercer tipo del vaso campaniforme: la que tiene impresiones de cuerdas formando sus zonas de decoración puntilladas; pero todos han adoptado los sepulcros megalíticos de tipo portugués.

Cómo llegaron éstos a la cultura pirenaica no está todavía claro. Pudieron llegar por el Noroeste de España, en donde existen en Galicia y Asturias, aunque hay una aparente solución de continuidad de hallazgos en Santander. Pero la extensión de la cultura neolítica portuguesa sustituyendo a la de las cuevas en el Oeste de las Mesetas (Extremadura, Salamanca, Zamora) y su infiltración más al Este pareciendo reducir el territorio de la evolución de la cultura de las cuevas en la del vaso campaniforme, habiéndose hallado sepulcros megalíticos en la provincia de Burgos, indicaría la posibilidad de que tales sepulcros pudieran haberse transmitido a través de la España central.

Antes de aparecer ya organizada la cultura pirenaica eneolítica, se había extendido, incluso por su territorio, la de las cuevas con su típica cerámica adornada con relieves e incisiones. Algunos pocos hallazgos indicaban tal extensión en las provincias de Santander y Asturias; pero cada vez más se ha ido encontrando en las cuevas neolíticas del País Vasco y en Cataluña; existió no sólo en las cuevas de la Cerdeña, sino incluso en Andorra.

Acaso esto no significaría un movimiento étnico que sustituyese la población paleolítica de la zona vasco-pirenaica, como también es fácil pensar que la cultura de las cuevas de España, Francia, Italia y otras variedades neolíticas circummediterráneas fuera el resultado de movimientos de pueblos que proyectaron la revolución neolítica desde sus hogares originarios en el Próximo Oriente. Pero sí que hubo contactos culturales, sin que queden excluidas infiltraciones de pequeños grupos humanos que quedarían absorbidos por la masa de la población superviviente de la cultura franco-cantábrica del Paleolítico. Posiblemente se produjo en el Neolítico una difusión de Sur a Norte, a la inversa de la que tuvo lugar en el Paleolítico, en que el arte franco-cantábrico se propagó hacia el Sur, encontrándose infiltraciones suyas a lo largo de las vertientes de la cordillera Ibérica y llegando hasta Extremadura, Portugal (cueva de Escorial) y Andalucía (cueva de la Pileta y otras de la provincia de Málaga) e incluso en nuestra opinión por la Mancha, en donde contribuiría a la formación del arte levantino (pinturas inferiores del palimpsesto de Minateda).

La evolución cultural desde el Paleolítico hasta el Eneolítico se nos presenta como un fenómeno sumamente complejo en el que ningún grupo ni ninguna cultura permanecía sin contactos con los demás. Esto explicaría paralelismos culturales que aparecen a veces entre grupo pirenaico catalán, desde donde llegó al extremo norte del territorio de la cultura de Almería en el Sur de Cataluña y la provincia de Castellón, sin llegar al territorio nuclear de aquélla (Los Millares).

En ello habría la raíz de los paralelismos lingüísticos del vasco con lenguas muy distantes que se explican por el substrato lingüístico «eurasiático» como lo ha llamado Tovar.

Durante el Mesolítico y el Neolítico se pasaría poco a poco del estado «fluido» al principio de la cristalización de grupos culturales étnicos que en muchas regiones, y en particular en el territorio pirenaico, se halla ya consolidado en el Eneolítico durante el tercer milenio antes de JC. Entonces hubo una gran relación que se manifiesta en la aparición de rasgos culturales forasteros en todas las culturas eneolíticas: por ejemplo, en el hallazgo de una hacha de combate en el sepulcro pirenaico de Balenkaleku en el País Vasco, tipo procedente de la cultura nórdica europea que se introdujo en la Bretaña francesa, desde donde por el Occidente de Francia llegó al País Vasco.

Otro ejemplo sería la decoración de cuerdas del vaso campaniforme de nuestro tipo III b. decoración que tuvo su origen en el Bain Rhin y que de allí se propagó al SO. de Francia y de allí llegó al País Vasco, desde donde pasó al centro de España, pero no más al Sur ni más al Oeste. También esta decoración desde la Provenza pasó más al sur, penetrando en el grupo pirenaico-catalán, desde donde llegó al extremo norte del territorio de la cultura de Almería en el Sur de Cataluña y la provincia de Castellón, sin llegar a territorio nuclear de aquélla (Los Millares).

Los grupos de la cultura pirenaica persisten en la Edad del Bronce, transformando su cultura al compás de los vecinos: en España reciben la influencia argárica. En la transición del segundo al primer milenio antes de JC. adoptan tipos de bronce europeo, lo que se ha querido explicar como resultado de una primera indoeuropeización mediante la llegada de nuevos elementos étnicos europeos. Nosotros no creemos en esa indoeuropeización, atribuyendo dichos tipos a una simple relación con los pueblos todavía no indoeuropeos de más al norte del Pirineo.

Sólo hacía 900 años antes de JC. llegó la primera invasión céltica con la cultura de las urnas y ella afectó a la vez al grupo catalán y al vasco, llegando dicha cultura a Navarra (Cortes de Navarra) y de allí al Alto Ebro, a la Rioja (El Redal, provincia de Logroño). El topónimo Navardún, cerca de Sangüesa —que con el sufijo celta —dunum, Castillo, parece relacionado con el pueblos de las urnas—sería a la vez un testimonio de la existencia de un grupo étnico navarro cuya fortaleza había sido conquistada por los celtas.

Con la llegada de nuevos contingentes célticos durante los siglos VIII y VII y sobre todo con el último perteneciente a los belgas, se produjo una aparente celtización del País Vasco, incluyendo a Navarra. De los belgas, los suessiones dominaron el camino de invasión desde Roncesvalles y el Norte de Navarra: los autrigones ocuparon Alava, parte de Vizcaya y el Norte de Burgos; en la Vizcaya oriental se instalaron los caristios y un grupo de las avanzadas germánicas infiltradas entre los celtas, el de los nerviones, llegó a la región de Bilbao y dio el nombre al río Nervión. Pero los celtas fueron a la larga absorbidos por el elemento indígena del que ya en la época romana conocemos la existencia de los vascones, perdiéndose el recuerdo de la dominación céltica.

En la época de Augusto los cántabros se habían extendido a expensas de los autrigones; pero la situación anterior parece restablecida después de la guerra cántabra. Los grupos vascos que se mantuvieron desde sus primeros contactos con los romanos en buenas relaciones con ellos, recibieron, sobre todo en Navarra, la influencia de la civilización romana, aunque se mantuvo su personalidad, absorbidos ya los elementos étnicos forasteros.

Los visigodos, no llegaron a dominarlos, como tampoco los árabes.

El mantenimiento de la personalidad étnica varía a través de todas esas vicisitudes y, a pesar del paso por su territorio de las infiltraciones de otros elementos étnicos y de la sumisión a Roma, explica la conservación de rasgos culturales de origen remotísimo, como especialmente la lengua. Los demás grupos pirenaicos en Aragón, en Cataluña o en Francia —excepto en el país vasco-francés— se desnaturalizaron evolucionando en relación con los pueblos iberos en España y con los celtas en Francia. Pero el grupo pirenaico occidental en el que cristalizaron los vascos, se mantuvo tenazmente, absorbidas las infiltraciones forasteras. A éstas acaso se deben ciertas diferenciaciones, sobre todo en Navarra, Alava y el oeste de Vizcaya, en donde habían dejado mayor rastro las infiltraciones célticas y por haber sido Navarra más romanizada y estar por su geografía en mayor comunicación con los pueblos no vascos del Ebro. Ello explicaría la formación del reino de Navarra y su historia medieval y por otra parte la conservación de la independencia de los grupos vascos distintos de los navarros, a pesar de su relación feudal con señores castellanos o con los propios reyes de Castilla.

PEDRO BOSCH GIMPERA
Méjico